

LA ESPAÑA BRAVA

No sé qué se dirá ahora, pues, gracias a Dios (y de su mano algún tecnócrata), determinados aspectos de la enseñanza están cambiando; pero en mi época se nos repetía, en los primeros años escolares, que España —entiéndase junto con Portugal, que por algo ambos países están hermanados hasta en la coparticipación de ser la reserva espiritual de Occidente— tenía la forma de piel de toro. También por aquellos tiempos se nos enseñaba una especie de geografía comparada que nos llenaba de orgullo patrio, como cuando nos decían cómo desaparecería Europa si el nivel del mar subiera tan sólo cincuenta metros, en tanto que España continuaría incólume como si no hubiera sucedido nada, algo así como si estuviéramos designados como la futura Arca de Noé. Todos estos detalles, junto a la explicación de una Historia triunfalista y bastante recortada, que nunca pasaba de la guerra de la Independencia, nos hacía prefigurar en nuestra mente la existencia en y sobre España de un cierto sentido carismático. También les sucede algo parecido a nuestros vecinos portugueses, cuando se les hace observar que todos los países tienen nombres femeninos —en lengua portuguesa, por supuesto—, excepto Portugal y Brasil, que son masculinos.

No sé qué opinaría Rorschard o todos aquellos que analizan la interpretación que se da a los «tests» de manchas y clexografías, pero a nosotros se nos antojaba, sin que acabáramos de ver muy bien la piel de toro, que, en cualquier caso, no se debía de tratar de una simple piel de toro, sino que además tenía que ser de toro bravo, como los de las corridas, también llamadas «fiesta brava» y «fiesta nacional», y que nada tendría que ver con ese toro mansurrón y de mirada bobalicona que todos los años le echan la Nicasia y el Frutos a «Sonrisas» y a «Jardinera» con el afán de comercializar un nuevo ternero, ni tampoco con el incógnito marido de la «Vaca Lechera», tan tarareada junto con el «Caimán» y la «Se-

ñora baronesa» por los años de mis primeros aprendizajes histórico-geográficos.

El etnocentrismo ibérico tiene una de sus manifestaciones más patentes en el culto de lo que podríamos denominar valores machistas, evidenciado a través de algunos actos que revisten gran significación, ostentación y publicidad. La fiesta nacional o brava es el único «arte» que, aunque sea de la mano de Cúchares, ha llegado en España a ser un espectáculo popular y desde tiempo inmemorial. Los encierros que se multiplican por todo el país, aunque el único universalmente conocido sea el de Pamplona, tienen similar significado; lo mismo que algunos deportes del País Vasco.

Todas estas manifestaciones son bastante conocidas, pero no son las únicas, como tampoco pueden ser calificadas como aquellas que encierran una mayor peligrosidad y dosis de arrojo y riesgo, que es la contrapartida exigida por el machismo. Entre las múltiples imágenes de la España brava vamos a describir dos que ocupan un importante lugar en cuanto al arrojo y decisión que se necesita para participar en ellas: el paso del fuego y las «cordás».

EL PASO DEL FUEGO

Las Mórdidas de San Pedro Manrique

Es una tradición española y también europea el celebrar la fiesta de San Juan, siendo bastante conocido el hecho de que la víspera de ese día se encienden hogueras y que incluso se saltan. Es bastante impresionante el ver cómo se sumerge en un mar de llamas aquel que salta. Sin embargo, todos sabemos que el riesgo es prácticamente inexistente y que todo aquel con capacidad de saltar lo es también de atravesar la hoguera. Por el contrario, es diferente lo que ocurre en San Pedro Manrique, pueblo soriano, no lejos de la provincia de Logroño; aquí se camina descalzo sobre una alfombra de brasas.



El «Tío Ratón» es el veterano en pasar las brasas: lleva ya haciéndolo cuarenta y cinco años. Su nieto las pasa subido a sus hombros.

Desde el punto de vista de la celebración, el paso de la hoguera es lo más sensacional e impresionante, pero ocupa un lugar un tanto secundario dentro del conjunto de actos que se celebran durante los días 23 y 24 de junio e incluso, prolongando las fiestas de modo un poco forzado y artificial, hasta el día de San Pedro.

Los personajes más importantes de los dos primeros días son las Mórdidas. Las Mórdidas se eligen por sorteo, que todos los años se celebra entre las chicas

solteras de San Pedro Manrique, con edades comprendidas entre los dieciocho y veinticinco años, que no hayan sido escogidas anteriormente.

San Pedro Manrique es hoy un pueblo pequeño, 140 vecinos y 695 habitantes. Los últimos años, como en otras partes, han conocido el éxodo de una buena parte de su población, aun cuando es el núcleo que se sostiene mejor demográficamente de todos los alrededores. Todavía no hace muchos años eran famosos los reba-



El atuendo de las Mórdidas recuerda el tributo de las «Cien Doncellas». El cesto con las rosas en la cabeza puede ser la herencia del equipaje para el viaje.



Los mozos muestran sus pies después de pisar la alfombra de brasas.

ños de corderos de esta región pertenecientes a las dos familias de los Hidalgo y de los Mariscal de Gante —esta última, se dice, llegó a poseer, además de buena parte de las tierras, 25.000 cabezas de ganado—. Sin embargo, durante la Edad Media su importancia fue aún mayor, como queda testimoniado en las ruinas de sus dos castillos y en el hecho de que en el tributo de «Las Cien Doncellas» contribuía con tres.

Las Mórdidas tienen su más probable origen en este tributo que anualmente tenían que hacer

los cristianos de entregar a los moros cien doncellas. Otra versión respecto al origen de las Mórdidas es la que lo remonta a época prerromana, y más concretamente a las sacerdotisas de las tribus celtas. Sin embargo, todo el ceremonial gira alrededor del famoso tributo, y la tradición oral también habla de lo mismo, aun cuando podamos apreciar una serie de signos posiblemente más remotos, entre otras cosas por aparecer en otros lugares de España, como son la misma hoguera, un árbol que se planta a la puerta de las

casas de las Mórdidas y del que se cuelgan frutos y dulces (de probable origen celta), y una carrera de caballos que recuerdan a la Caballada de Atienza.

Todo comienza en la tarde del día 23 con el traslado de la Virgen de una ermita a otra, que será aquella en cuya puerta encenderán la hoguera. Todo el resto del día continuará de manera bastante alegre, discurriendo del modo que es normal en las fiestas patronales españolas. Por la noche tendrá lugar el paso a través de la alfombra de brasas, que comentaremos más adelante.

En la mañana del día 24 salen las Mórdidas a recibir al Ayuntamiento, que previamente se ha ido a las eras a comerse una rosca. Después van todos juntos a la ermita de abajo, donde los jóvenes harán por parejas unas carreras de caballos. Acto seguido, las Mórdidas, con su atuendo especial, falda larga y blusas blancas, y portando en la cabeza unos grandes cestos llenos de una especie de panes pintados de amarillo; seguidas de sus damas de honor (éstas ya con atuendo moderno); la música, una buena parte del pueblo y el Ayuntamiento (alcalde, concejales, secretario y alguacil), a caballo y vistiendo una levita negra y un bicornio, marchan a la entrada del pueblo, donde, después de un mutuo saludo —los de la Corporación municipal con un cortés toque de sombrero y las Mórdidas con un disciplente abrir y cerrar el abanico, que sostienen en su mano—, se dividen. Las Mórdidas marchan a las eras y el Ayuntamiento realiza un recorrido que denominan «correr la muralla»: la ermita de la Peña, el

JUAN MAESTRE ALFONSO

cementerio, el río y de allí a encontrarse con las Mórdidas en las eras. Nuevo saludo, y de allí regreso al Ayuntamiento. A mediodía marcha nuevamente la comitiva a la iglesia, en la que las Mórdidas tomarán lugar frente al altar mayor, colocándose el Ayuntamiento en dos bancos laterales. Delante de las Mórdidas, que van tocadas de la mantilla española, se colocan los extraños panes pintados de amarillo. Después del Evangelio tiene lugar la ofrenda. Cada Mórdida caminando de frente, de espaldas o lateralmente, pero siempre cara al altar mayor, depositan en una bandeja sus anillos y hacen entrega de sus panes a los sacerdotes oficiantes y a los miembros del Ayuntamiento.

Una vez acabada la Misa, vuelta de nuevo al Ayuntamiento, a cuya puerta los «quintos» han colocado el larguísimo tronco de un árbol, que mantendrán hasta el día de San Pedro, prolongando de este modo simbólicamente la fiesta hasta el día de San Pedro. Aquí, después de un refrigerio, las Mórdidas recitarán un largo poema, en el que glosan las excelencias del pueblo y las circunstancias históricas de la celebración. Después, cada Mórdida baila una jota con cada uno de los miembros del Ayuntamiento. Con este baile queda concluido todo lo de particular de la fiesta, desarrollándose esta tarde y los días siguientes una serie de actos similares a los de las otras fiestas españolas.

Los caminantes sobre fuego

Dentro de este contexto, en el que el eje principal de esos días son las Mórdidas, tiene lugar el paso de la hoguera. La hoguera se realiza delante de la ermita de la Peña, donde, en época reciente, se ha levantado un pequeño anfiteatro para ver el espectáculo que para muchos constituye el paso del fuego. Allí el Ayuntamiento —es esta una fiesta en la que las autoridades municipales son parte presente e integrante de cuanto allí sucede, y no un simple añadido o incluso elemento simbólico de confrontación o dominación, como sucede frecuentemente en otras partes de España— ha concentrado una cantidad de leña de roble de cerca de una tonelada. La gran pira es encendida sin ninguna ceremonia ni expectación por el alguacil a las 21,30 horas. Hacia las 23 horas, la gran hoguera es un montón de ascuas, y con

LA ESPAÑA BRAVA

unas largas varas se golpea y se van extendiendo las brasas hasta formar una alfombra ardiente de unos dos metros de larga por uno de ancha, y un espesor uniforme de unos quince centímetros.

A la llegada de la medianoche, el fuego está preparado, y el anfiteatro y sus alrededores están ocupados por una expectante multitud. La alegría, que durante esa tarde ha ido en aumento con la llegada de forasteros y el entusiasmo de las «peñas» (puesto que, en este aspecto, San Pedro Manrique participa de cultura jueguística del área navarro-riojana), se desborda del pueblo y llega hasta el recinto de la hoguera. En medio de la alegría y el entusiasmo generalizado, llegan aquellos que van a pisar las brasas. Acompañados de las «peñas», la música y de parientes y amigos, llegan portando una faja roja en la cintura y un pañuelo del mismo color anudado en el cuello como único atuendo destacable. Patean endureciendo sus descalzados pies. El clima es impresionantemente alegre.

Pasados unos minutos de la doce se vuelve a golpear la alfombra de brasas con los largos palos, que quedan también convertidos en ascuas ardientes. Después, con una chaqueta, se aventa la ignea alfombra, con lo que se pone al rojo. Quien esto escribe, sentado a unos pocos metros, siente el calor intenso de las brasas.

El primero en pasar es una persona mayor, el tío Ratón, personaje popular y muy despierto; lleva más de cuarenta años pisando el fuego. Su hijo y su hermano pasarán después. Coge un niño sobre los hombros, da unos pequeños pasos de preparación y atraviesa la alfombra pisando las brasas con pasos fuertes. Otros le siguen, y no se limitan a pasar una sola vez, sino que repiten. Algunos llevan a la espalda a alguna de las Móndeidas, y hasta chicas extranjeras espectadoras; después las abrazan entre los aplausos y la juerga general. El último en pasar atraviesa las brasas con el alcalde a hombros. Son las doce y veinte, y esto ha durado unos diez minutos. Luego, música, vino, baile...

La Virgen o la técnica

Respecto al origen de esta costumbre, no se puede más que especular. Puede ser una variante del salto de las hogueras de San Juan, que los vecinos de San Pedro Manrique quisieron llevar a más. Pero hay una versión que relaciona esta costumbre con las Móndeidas y el famoso tributo. En esta versión se asegura que el andar descalzo sobre el fuego es-

tuvo originado por la promesa que hacían los varones de ofrecer este sacrificio para que no les tocara a ninguna de las doncellas de su familia ser parte de la cuota con que el pueblo tenía que participar en el tributo que anualmente debían pagar a los musulmanes.

Hoy, que no existe más tributo que el de la contribución —del que están exentos la mayoría de los que pisan el fuego—, es sólo una manifestación, culturalmente alimentada en la comunidad, de un cierto machismo, que se ofrece a propios y ajenos.

Pero, ¿qué pasa? ¿Se queman o no? Si uno pregunta habrá quien le diga, sobre todo mujeres, que los hombres de ese pueblo tienen una protección, con monopolio local, de la Virgen, que les protege contra las quemaduras del fuego. Otros, entre los que en-

quita el menor mérito, pues al más mínimo error del actuante, éste se abrasa irremisiblemente.

Las cordás

Las cordás o cordaes, con difícil traducción castellana, es una especie de juego y de espectáculo peligroso, que no se localiza de modo exclusivo en ningún pueblo determinado, sino que se encuentra en muchos lugares de la región levantina, principalmente en el Sur de Valencia. La descripción presente corresponde a la que se puede observar en cualquiera de los muchos pueblos de esa especie de monumento viviente al trabajador agrícola levantino que es la Vall d'Albaida, comarca de medianos y pequeños propietarios, con agricultura preponderantemente de secano, pero primorosa-



Cohete de tres «salidas» (los hay hasta de diez). En la cordá se usan libremente: «el que no quiera polvo, que no vaya a la era».

contraremos muchos de los que demostraron su arrojo pisando las brasas, contestarán que la hoguera no está hecha de plumas ni flores y si de ascuas ardiendo. Para los que hacen ostentación de su valor, el buscar explicaciones milagrosas no tiene sentido.

El atravesar la alfombra de brasas posee una técnica. La forma y el ritmo de las pisadas tiene su importancia, y posiblemente también el llevar alguien a la espalda. La confección de la alfombra se hace con toda meticulosidad por unos expertos que ponen en esta operación todos sus sentidos, y que, además, actúan de maestros de ceremonia regulando el paso del fuego. También cuenta el tipo del pie, puesto que suelen estar encallecidos por las labores agrícolas; aunque esto es secundario, como se pone de manifiesto en que ya lleva dos años pisando el fuego un licenciado en Filosofía y Letras. En realidad, lo importante es el modo de pisar y la preparación psicológica; lo que no le

mente trabajada y organizada por siglos de intenso laboreo, que han convertido a la región en un espectacular mar de banales. Una comarca no muy aislada, pero que conserva aún «folkways» bastante peculiares y característicos. Sin embargo, esta costumbre de las cordás se da en otras comarcas limítrofes, y aun en lugares más alejados de Valencia y Alicante.

En esencia, y de modo resumido, hoy podemos dividir a la cordá en un espectáculo con unos cohetes especiales y en una batalla con este mismo tipo de juguetes, aun cuando originariamente, y también ocasionalmente en la actualidad, el espectáculo y la batalla eran una misma cosa.

El nombre de cordá viene de la utilización, aunque marginal y secundaria, de una cuerda. Entre dos lugares, generalmente dos puntos de aceras opuestas de la calle principal o de la plaza, se coloca una cuerda a unos tres metros de altura. En la cuerda se coloca un rectángulo de madera

paralelo al suelo, de tal modo que tirando de él con una cuerda desde abajo se puede desplazar a lo largo de la otra cuerda. En esta especie de aparato se colocan unas docenas de cohetes de un tipo especial, cuyas peculiaridades son las siguientes: no llevan caña, con lo que su recorrido no puede ser guiado en su trayectoria; la propulsión de la pólvora dura seis o siete segundos, se interrumpe durante otros dos, vuelve a empezar, y así sucesivamente, según el número de «salidas» que tenga, produciéndose al final de la última explosión, que es de considerable intensidad. Las «salidas» y su interrupción son otro factor más en el loco movimiento del cohete, pues si lleva durante una salida una dirección, al pararse y obtener un nuevo impulso puede tomar otra trayectoria totalmente diferente.

Las cordás no tienen una fecha fija para celebrarse: generalmente tienen lugar durante las fiestas, pero también pueden hacerse en días de significación, como San José, la marcha de los quintos a la «mili», San Vicente Ferrer o incluso por la voluntad de algún prepotente originario de la comunidad que la paga. Sin embargo, lo más normal es que sean el colofón de cada uno de los días de fiesta.

En esta comarca, las fiestas no revisten caracteres muy diferentes a las de otras partes de Levante e incluso de España. Intima simbiosis entre lo religioso y lo profano, como si cada uno de estos aspectos compensara los excesos del otro. A la mañana, una o varias Misas, a las que asisten la casi totalidad de la comunidad en una proporción considerablemente muy superior a la de cualquier otro domingo, y en las que suele haber alguna ceremonia especial, tales como el descenso de imágenes o procesiones por el interior de la iglesia. Luego el predicador, escogido en el elenco de auténticos profesionales del sermón, que con verbo fácil y atronador es escuchado por un público entre admirado y aterrado, como si se tratara de un vendedor ambulante. El miedo al infierno y el horror al pecado son posteriormente compensados por buenas paellas y otras exquisiteces, en las que no faltarán dulces de indudable origen árabe; y en la mejor de las mesas encontraremos como invitado al «preicaor» y acompañantes.

Desfiles de bandas, bailes y gran cantidad de cohetes animan el resto de la jornada hasta el anochecer, en que tiene lugar una impresionante procesión. Alineados en dos filas y agrupados por edades y sexos, con velas encendidas, atraviesan toda la localidad, que permanece sin más iluminación que la de algunos ve-

lones a la puerta de las casas, inmersa, con sus locales públicos cerrados, en un silencio que sólo rompe la banda de música, que cierra la procesión. Y después más juerga, más baile y más ruido hasta las dos de la madrugada, en que tendrá lugar la cordá.

La cordá como espectáculo

De las dos partes en que se puede dividir la cordá, la primera es preponderantemente, pues no de un modo absoluto, un espectáculo. Cuando llega la hora, la gente despeja más o menos el terreno donde se encuentra la cuerda, colocándose a prudencial distancia. El cohetero enciende la mecha de los cohetes y un voluntario, entre los muchos que hay, marcha lentamente tirando del artefacto, que va dejando caer los cohetes en tierra a espaldas de éste, que si tiene el suficiente coraje vuelve a hacer el camino contrario por en medio del mar de fuego y explosiones. Todo esto dura un par de minutos escasos, pero se repite alrededor de una docena de veces. Siempre una de estas veces tiene lugar lo que llaman la «ruilla», consistente en que la caída de los cohetes no es sucesiva, sino que se precipitan todos, con mayor riesgo para el que lleva la cuerda.

En algunas ocasiones, generalmente el día de la cordá de los «fadris» (solteros), se produce una variación: la de los cohetes sueltos. Para ello, los cohetes no se colocan en el aparato situado en la cuerda, sino que van puestos al final de uno o varios palos. El sistema de encendido es el mismo, pero los que llevan los palos van corriendo por las calles del pueblo y los cohetes cayendo entre la gente.

Inicialmente, la cordá era para aquellos que quisieran arriesgarse poniéndose debajo de la cuerda, atentos a la caída de los cohetes, que eran recogidos y lanzados a los espectadores. Hoy esto está prohibido, aunque siempre suele haber alguien que se lanza a hacerlo, sin que se ponga mucho interés en impedirlo. También es frecuente que el portador de la cuerda haga algún alarde de valor y se pare en medio del remolino de chorros de fuego y hasta se siente o tumba en el suelo.

«Quien no quiera polvo, que no vaya a la era»

Hasta aquí, el espectáculo, que no está exento de peligro, pero una vez acabado éste comienza la segunda parte. Mediante un bando, se da media hora para que



El día de los «fadris» (los solteros), la cordá se hace poniendo los cohetes en la punta de un palo, con el que su portador correrá detrás de la gente.

la gente se retire a sus casas con la estricta prohibición de tirar cohetes durante ese espacio de tiempo; después, como anuncia elregonero en valenciano, «quien no quiera polvo, que no vaya a la era», con lo que se da carta blanca a los que después se encuentran en la calle.

Una vez transcurrida la media hora, se forman pandillas, en las que los jóvenes son el grueso, pero no la totalidad, portadores de manojos de cohetes idénticos a los de la cordá. Las horas siguientes hasta el amanecer se gastan tirándose cohetes unos a otros. El juego, si es que así se le puede llamar, es bastante peligroso, porque, como se indicaba anteriormente, los cohetes son muy difíciles de dirigir. Se lanzan de modo parecido a si se tratara de una bomba de mano que, además, lleva una autopropulsión, con lo que puede llegar más lejos, pero la intermitencia de la propulsión le hace cambiar la dirección, con lo que puede volverse al mismo grupo desde el que fue lanzado. El chorro de fuego quema, y la explosión es muy potente, y si estalla encima, con toda seguridad causa efectos. Por otro lado, el juego consiste en devolver o relanzar el cohete a quien lo envió, para lo que hay que perseguirlo y recogerlo en los segundos de inactividad o cuando se ha «amorrado» en algún sitio. Como los cohetes, no todos, tienen el mismo número de «salidas», que oscilan entre dos y diez (depende del precio), se tiene que tener buen cuidado de saber en

qué «salida» está cuando se recoge y relanzarlo antes de que se acaben, con el consiguiente riesgo de que nos explote en las manos. Si a esto añadimos la mala calidad de algunos cohetes, que estallan antes de tiempo, y que la diversión consiste en hacer correr peligro a los contrarios a base de pillarlos desprevenidos, perseguirlos, agotar las salidas para que no se pueda devolver y la explosión se produzca cercana al enemigo, etcétera..., aspectos todos éstos que aumentan el riesgo y la peligrosidad del «juego».

Las quemaduras son muy frecuentes, como también las heridas producidas por la explosión de la «bola», y como lo normal es que los participantes sean campesinos que comienzan a trabajar en las faenas agrícolas inmediatamente han acabado las fiestas, aunque la última noche se la hayan pasado íntegra tirando cohetes, la tierra y el estiércol han llegado a producir complicaciones algunas veces de gran gravedad.

No sabemos cuánto durará esta peculiar manera de divertirse, pero pensamos que su decadencia está ya iniciada por los cambios socio-económicos que están aconteciendo en el país. Durante bastantes años, los años del hambre y de la recuperación (que coincidieron con los de la pedagogía geográfico-zoológica), las cordás decayeron; no había dinero para cohetes. Años después empezaron a aparecer gentes que gastaban mucho dinero en cohetes: eran personas originarias de la comunidad, que gozaban del espectácu-

lo y se divertían del riesgo ajeno, pero que no participaban ya de los mismos valores y requerimientos sociales que el resto de la comunidad, pues no necesitaban la obtención de prestigio a través del peligro, ya que lo habían obtenido con su posición económica y la consiguiente ostentación de ella mediante el consumo de pólvora. Por último, las modificaciones generadas por la emigración son sensibles, y buena prueba de ello es el hecho de que muchas de estas fiestas, que en bastantes pueblos se han celebrado durante siglos en el mes de septiembre, han tenido que ser trasladadas a meses anteriores debido a que en esas fechas los pueblos se vacían sensiblemente con motivo de la emigración temporal (que se añade a la fija) con destino a la vendimia en tierras francesas.

España brava

Ejemplos de una «España brava» en que la bravura se demuestra con un riesgo personal. Sus motivaciones pueden ser necesidad de prestigio, dificultades de una movilidad social ascendente, frustraciones colectivas, agresividad latente, sucesos históricos ya olvidados, etcétera..., o un conjunto de otras causas que han tenido como protagonistas al pueblo español.

Nos puede parecer, desde un ángulo cómodo e intelectualoide, que no se trata de nada «bravo», sino de algo «bestia», pero para juzgarlo con total objetividad tendríamos que evitar cualquier extrapolación y colocarnos en el mismo lugar y circunstancias por las que han pasado estos campesinos españoles; por el conjunto de elementos que han prefigurado su cultura.

En cualquier caso, si corren un riesgo, son ellos los perjudicados, como de la diversión y del prestigio también son ellos los beneficiados. Peor es lo que sucede en un pueblo castellano —por mencionar un ejemplo entre los muchos de bromas pesadas y crueles que también encontramos en la «España brava»—, donde una de las gracias de los mozos consiste en atar un palo a los testículos de los gatos (cosa nada fácil ni exenta de riesgo) y dejar al animal que salga despavorido, como alma que lleva el diablo, dirán algunos, para refugiarse en su casa, a la que tienen costumbre de entrar por el pequeño agujero de la gatera, donde el palo que lleva atado se queda atrancado, y en su veloz carrera sucede como en aquel anuncio de las hojas Palmera: «ras, ya está...».

■ J. M. A. Fotos del autor.